

DOMINGO X ORDINARIO “A”

“Marginados o pecadores, todos tenemos sitio junto a Jesucristo”

Os 6,3-6:

Quiero misericordia y no sacrificios

Sal 49, 1-15

Al que sigue buen camino le haré ver la salvación de Dios

Rm 4,18-15:

Fue confortado en la fe y en la gloria dada a Dios

Mt 9,9-13:

No he venido a llamar a los justos sino a los pecadores

I. LA PALABRA DE DIOS

(1.a Lect.). A Dios no le agrada un acto meramente de culto si no se da un verdadero acercamiento a Él por el amor. **«Misericordia quiero y no sacrificios; conocimiento de Dios más que holocaustos».**

«**Sigueme**». Una vez más la voz de Jesús resuena nítida y poderosa. Una vez más Él se adelanta, toma la iniciativa. Y una vez más levanta al hombre de su postración. Mateo estaba **«sentado al mostrador de sus impuestos»**; pero estaba sobre todo hundido en su codicia, en su afán de poseer. **«Él se levantó y lo siguió»**. Remite a otras escenas evangélicas; por ejemplo, la resurrección de Lázaro: **«Lázaro, sal fuera»**. Levantar a Mateo de la postración y de la corrupción de su pecado no es menor milagro que hacer salir a Lázaro de la tumba cuando ya olía mal.

«**Muchos pecadores... se sentaron con Jesús**». El Hijo de Dios se ha hecho hombre para eso, para compartir la mesa de los pecadores. No rechaza a nadie, no se escandaliza de nada. Sabe que todo hombre está enfermo, y ha venido precisamente como médico, para buscar a los pecadores, para sanar la enfermedad peor y más terrible: el pecado que gangrena y destruye en su raíz la vida y la felicidad de los hombres.

«**Misericordia quiero**». Una vez más, Jesús tiene que enfrentarse con la dureza de corazón de los fariseos. En cambio Mateo, pecador público, ha experimentado la misericordia de Jesús, su amor gratuito; y por eso se convierte en instrumento de ese amor y de esa misericordia para muchos otros. Lo que él ha recibido gratis lo ofrece –también gratuitamente– a los demás. La conversión de Mateo es ocasión de conversión para muchos otros...

Jesucristo confirma la misma **llamada a la conversión y a la misericordia**. Busca a los marginados, “publicanos y pecadores”, come con ellos, invita a algunos a seguirle para incorporarlos al grupo de los íntimos, con el consi-

guiente escándalo de los que se tenían por justos. Los defiende, y proclama, además, que Él **“no ha venido a llamar a los justos sino a los pecadores”** y a dedicarse a la misericordia, al amor que libera a los oprimidos por el mal.

II. LA FE DE LA IGLESIA

El respeto a la persona deriva de su dignidad: (1930-1938).

Creados a imagen del Dios único, dotados de una misma alma racional, todos los hombres poseen una **misma naturaleza y un mismo origen**. Rescatados por el sacrificio de Cristo, todos son **llamados a participar en la misma bienaventuranza** divina: todos gozan por tanto de **una misma dignidad**.

La **igualdad** entre los hombres se deriva esencialmente de su **dignidad** personal y de los **derechos** que dimanan de ella: “Hay que superar y eliminar, como contraria al plan de Dios, toda forma de discriminación en los derechos fundamentales de la persona, ya sea social o cultural, por motivos de sexo, raza, color, condición social, lengua o religión”. (GS 29,2).

El **respeto de la persona humana** implica el de los **derechos** que se derivan de su dignidad de criatura. Estos derechos son **anteriores a la sociedad** y se imponen a ella. **Fundan la legitimidad moral de toda autoridad**: menoscabándolos o negándose a reconocerlos en su legislación positiva, una sociedad mina su propia legitimidad moral. Sin este respeto, una autoridad sólo puede apoyarse en la fuerza o en la violencia para obtener la obediencia de sus súbditos.

El respeto a la persona humana pasa por el **respeto del principio**: “que cada uno, sin ninguna excepción, debe **considerar al prójimo como 'otro yo'**, cuidando, en primer lugar, de su vida y de los medios necesarios para vivirla dignamente” (GS 27,1).

El deber de hacerse prójimo de otro y de servirle activamente se hace más acuciante todavía **cuando éste está más necesitado** en cualquier sector de la vida humana. "Cuanto hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron" (Mt 25,40).

Este deber se extiende a los que no piensan ni actúan como nosotros. La enseñanza de Cristo exige incluso el **perdón de las ofensas**. Extiende el **mandamiento del amor** que es el de la nueva ley a todos los enemigos (cf Mt 5,43-44). La liberación en el espíritu del evangelio es **incompatible con el odio** al enemigo en cuanto persona, pero no con el odio al mal que hace en cuanto enemigo.

Existen también **desigualdades escandalosas** que afectan a millones de hombres y mujeres. Están en abierta contradicción con el evangelio: "La igual dignidad de las personas exige que se llegue a una situación de vida más humana y más justa. Pues las excesivas desigualdades económicas y sociales entre los miembros o los pueblos de una única familia humana resultan escandalosas y se oponen a la **justicia social**, a la **equidad**, a la **dignidad** de la persona humana y también a la **paz** social e internacional" (GS 29,3).

La solidaridad, exigencia de la fraternidad: (1939-1942).

El **principio de solidaridad** es una exigencia directa de la fraternidad humana y cristiana: Un error, "hoy ampliamente extendido, es el olvido de esta ley de solidaridad humana y de caridad, dictada e impuesta tanto por la **comunidad de origen y la igualdad de la naturaleza racional en todos los hombres**, cualquiera que sea el pueblo a que pertenezca, **como por el sacrificio de redención ofrecido por Jesucristo** en el altar de la cruz a su Padre del cielo, en favor de la humanidad pecadora" (Pío XII).

La virtud de la solidaridad **va más allá de los bienes materiales**. Difundiendo los **bienes espirituales** de la fe, la Iglesia ha favorecido a la vez el desarrollo de los bienes temporales, al cual con frecuencia ha abierto vías nuevas. Así se han verificado a lo largo de los siglos las palabras del Señor: "Busquen primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se les darán por añadidura" (Mt 6,33):

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

"Desde hace dos mil años vive y persevera en el alma de la Iglesia ese sentimiento que ha impulsado e impulsa todavía a las almas hasta el heroísmo caritativo de los monjes agricultores, de los libertadores de esclavos, de los que atienden enfermos, de los mensajeros de fe, de civilización, de ciencia, a todas las generaciones y a todos los pueblos con el fin de crear condiciones sociales capaces de hacer posible a todos una vida digna del hombre y del cristiano" (Pío XII).

IV. LA ORACIÓN DEL CRISTIANO

*Libra mis ojos de la muerte;
dales la luz que es su destino.
Yo, como el ciego del camino,
pido un milagro para verte.*

*Haz de esta piedra de mis manos
una herramienta constructiva;
cura su fiebre posesiva
y ábrela al bien de mis hermanos.*

*Que yo comprenda, Señor mío,
al que se queja y retrocede;
que el corazón no se me quede
desentendidamente frío.*

*Guarda mi fe del enemigo
(¡tantos me dicen que estás muerto!)
Tú que conoces el desierto,
dame tu mano y ven conmigo.*